

LA CRISIS QUE VINO A QUEDARSE

Pues sí, amigos, llegó la crisis anunciada y ya mora entre nosotros causando los estragos de rigor: aumento del paro, alta inflación, subida de precios. Y con todo ello, el temor generalizado a que las cosas empeoren y nos acaben tocando personalmente, amargándonos la vida un poco más.

Qué digo, claro que a todos nos va a llegar. Lo que pasa es que para unos pocos viene en forma de leve resfriado, para otros es una verdadera gripe, y para un buen número, una auténtica neumonía; todo dependerá de la salud económica de cada uno y de las defensas acumuladas. De lo que podemos estar seguros es de que se quejarán mucho más los fuertes que los débiles, y así veremos, oiremos y leeremos un día tras otro, la “enorme gravedad” de los resfriados, mientras que los de la neumonía pasarán casi inadvertidos. Cosas de la vida y del sistema en que vivimos, nada nuevo.

Un sistema que, por cierto, hilvanado como está y no cosido a conciencia, presenta una enorme debilidad ante una exigencia global de mayor igualdad. Pocos asiáticos y africanos se van a conformar por mucho tiempo con trabajar 14 horas diarias y alimentarse a base de arroz blanco ó mijo, mientras contempla en la tele las “maravillas” del Occidente. No nos engañemos.

DE LO QUE ESTAMOS
SEGUROS ES DE QUE
SE QUEJARÁN MUCHO
MÁS LOS FUERTES QUE
LOS DÉBILES

LA CRISIS ACTUAL
SERÍA EL COMIENZO
DE LA GRAN CRISIS
DEL SISTEMA TANTAS
VECES ANUNCIADA

Esta exigencia, connatural al ser humano, se ve ahora aguzada precisamente por el crecimiento económico casi generalizado en el mundo durante los últimos años. Un enorme Tercer Mundo que no salía del atasco del subdesarrollo ha dado

paso a un alto grado de crecimiento que le lleva, naturalmente, a cotas de producción y consumo mucho mayores, con unas demandas energéticas y de materias primas en general impensables hasta hace bien poco, lo cual conlleva aumento de la demanda y subida generalizada de los precios. Pura lógica.

Así pues, la crisis actual, según la opinión de sesudos especialistas en la materia, lejos de ser un tropiezo puntual y pasajero, se convertiría en el comienzo de la gran crisis del sistema tantas veces anunciada como poco prevenida, por cierto. Esto aceleraría la necesidad de un auténtico cambio hacia un crecimiento económico más sostenible y real, que se situaría en los antípodas de esa especie de loca barbarie que tan bien representada ha sido por las llamadas burbujas financiera e inmobiliaria. Aquí todo el mundo se asombraba de que se construyeran ¡y vendieran! tal cantidad de viviendas, y ¡a qué precios! Solamente un bombardeo generalizado o algún tsunami monumental podrían explicar el hecho de que en España se construyeran tantas viviendas como en Francia, Italia e Inglaterra juntas.

¿Inexplicable? No. En economía hay pocas cosas inexplicables. Un ahorro prácticamente improductivo, ¿dónde mejor situado que en unos inmuebles que veían subir sus precios sin cesar? Los bancos, por otra parte, encantados de prestar di-

nero a largo plazo y sin demasiadas exigencias; los particulares, a alquilar o vender el viejo piso a inmigrantes y demás gente sin posibles, con cuyo producto se minora la nueva hipoteca y a estrenar piso. El Estado y las comunidades autónomas, encantados de la vida por los abundantes ingresos por tasas e impuestos y presumiendo de empleo a tope y crecimiento económico imparable. Ante semejante panorama, ¿quién diablos iba a hacer algo por sujetar un poco a caballo tan desbocado?

Ahora, claro, todo son lamentos. Como si no supiéramos todos que aquello no podía durar porque, como reza el antiguo dicho, “lo que no puede ser, no puede ser, y además es imposible”.

Los políticos, lo mismo los del partido en el Gobierno como los de la oposición, como están poco entrenados para “ir de culo”, siguen haciendo un poquito el ridículo intentando, el primero, dorarnos la píldora con medidas de dudosa eficacia o anunciando una pronta recuperación en la que pocos creen; y fustigando, la oposición, al Gobierno como si éste pudiera arreglar el desgajado en un plis-plas. ¡Qué más quisiera!

En asunto tan grave y global como el que nos ocupa no caben soluciones mágicas o de éste o aquel gobierno; es el propio sistema económico el que hace agua y el que requiere algo más radical que los llamados “paños calientes”, aunque bienvenidos sean éstos. El mundo político, lo mismo que el científico, saben perfectamente y desde hace tiempo las medidas que se precisan para salvar, tanto a la Humanidad presente y futura, como el Planeta mismo. No se trata, pues, de falta de conocimiento sino de voluntad de afrontar los problemas asumiendo el riesgo de impopularidad que pueda conllevar, a corto plazo, alguna de las medidas necesarias. Un aumento más científico, racional y humano de la producción, un comercio verdaderamente libre, sin proteccionismos que siempre pagan los países más pobres, un consumo más medido y racional, un no rotundo al enriquecimiento fácil tan escandalosamente en aumento hoy en día, unos impuestos adecuados a la capacidad de cada



cual, una distribución de la riqueza creada mucho más justa, un trabajo muy serio en el desarrollo de nuevas y viejas fuentes de energía, un celo ecológico en el que se está avanzando mucho, pero nunca lo suficiente...

Todas esas medidas, y otras muchas que están en la mente de casi todos, van a ser precisas desde ya mismo, sin descartar en absoluto medidas socializadoras

más ambiciosas, encaminadas a un auténtico cambio de modelo que el sistema actual denigra pero que, de una u otra forma, despuntará una y otra vez hacia ese “otro mundo posible” por el que sueña una buena parte de la Humanidad.

Porque la utopía, amigos, no es nunca un sueño imposible, sino el ideal hacia el que caminamos, sin prisa, pero sin pausa alguna.